

Elementos para una delimitación del concepto de mentalidad espacial en Geografía

Pacífico Abella Millán

Lic. en Ciencias Sociales
Universidad del Valle

Resumen

En este artículo se propone, desde una óptica transdisciplinaria, fundamentar el concepto de mentalidad espacial en la geografía, como herramienta analítica para el estudio de formaciones espaciales que se caracterizan por su larga duración. Para ello, se realiza una revisión sucinta de autores de distintas disciplinas y de la geografía, en especial, discutiendo las tesis del determinismo económico en la producción del espacio geográfico y la influencia de los productos mentales, compartidos colectivamente en dicha producción.

Palabras clave: teorías del espacio, producción del espacio, mentalidad.

Abstract

This article proposes to introduce the concept of space mentality in geography, as an analytical tool for the study of spatial formations that are characterized by their long duration. Makes a brief revision of authors from different disciplines, including geography in special, discussing to thesis of the economic determinism in the production of the geographic space and the influence of mental products, shared collectively, in that production.

Keywords: space theories, space production, spatial mentality, mentalities.

1. *Espacio, producto social*

El espacio, ya se sabe, es la categoría fundante de la geografía. Y su estudio, desde diversas ópticas, materia permanente de sus ocupaciones. Por ello se lo trata bajo distintas concepciones, desde aquellas que lo requieren de la perspectiva newtoniana y euclidiana, como espacio infinito, isotrópico, homogéneo, contenedor de los fenómenos y las cosas, externo e independiente de ellas, igual que el tiempo, hasta aquellas para las cuales el espacio no existe sin las cosas y sin los fenómenos y es consustancial a ellos, pasando por otras concepciones y aproximaciones.

En las siguientes líneas nos situaremos en la perspectiva del espacio relativo. Partiendo de considerar que el espacio (mejor, el espacio-tiempo), en tanto realidad material, no tiene existencia independiente de las cosas, de la materia y de la energía, ni del tiempo (Unwim 1995 : 278). Ni es independiente de la vida, ni de sus interacciones, ni de las prácticas sociales (Racine: 1978)¹, en tanto geográfico. Como señala Santos (2000: 54) *El espacio reúne la materialidad y la vida que la anima... El espacio está formado por un conjunto indisoluble, solidario y también contradictorio, de sistemas de objetos y sistemas de acciones, no considerados aisladamente, sino como el contexto único en que se realiza la historia*. Es decir, se considera con Castells (1980: 141) que:

El espacio es un producto material en relación con otros elementos materiales, entre ellos los hombres, los cuales contraen determinadas relaciones sociales, que dan al espacio (y a los otros elementos de la combinación) una forma, una función, una significación social. No es, por tanto, una mera ocasión de despliegue de la estructura social, sino la expresión concreta de cada conjunto histórico en el cual una sociedad se especifica.

Desde luego que no escapa a esta consideración la confusión habitual entre la naturaleza del concepto y la de la cosa conceptuada, es decir, la distinción

¹ *El espacio que vamos a estudiar no existe independientemente de las prácticas sociales.* (Racine 1978).

necesaria entre la inmaterialidad del concepto, en tanto construcción mental, y la materialidad de la sustancia objeto del concepto presente. De ahí que también haya quienes establecen la naturaleza inmaterial del espacio².

Es, como dice Lezama (1998: 267), en relación con la estructura espacial, retomando a Castells: *Entender la estructura espacial como producto histórico y como combinatoria particular de los elementos de la estructura social, equivale en Castells a una definición general de lo urbano.*

El espacio no es, pues, un objeto constante con existencia propia, como bien lo resume Ortega (2000: 544):

La historicidad del espacio geográfico, su estado de permanente cambio, la evidencia de que los procesos, es decir las transformaciones, constituyen su principal naturaleza, margina cualquier pretensión de hacer del espacio una constante natural con existencia propia. En segundo lugar porque la propia naturaleza representa un producto social. Lo es como representación cultural elaborada históricamente. Lo es como materialidad alterada, modificada, transformada, a lo largo de miles de años de actividad humana. [...] No se trata, por tanto, de un «objeto» o «producto» opuesto al sujeto social enfrentado a él, como un mero entorno físico o como material separado. Separar o deslindar el espacio geográfico, identificado como espacio físico o como sustrato físico, de la propia sociedad constituye un reflejo analítico que no responde a la verdadera naturaleza del espacio geográfico.

Desde la perspectiva de la antropología urbana y desde otras disciplinas es casi lugar común considerar el espacio como un producto social que interactúa con la sociedad que lo forma y que puede llegar a manifestar las contradicciones propias de dicha sociedad. Y así como la sociedad le imprime su sello, diferenciado, característico, jerarquizado, segregado; el espacio no solo revela dichas imposiciones y heterogeneidades sino que influye en la sociedad que lo articula. Y aunque su materialidad pueda quedar establecida, no se lo abarca plenamente cuando se lo considera como un recurso a partir

² Coraggio (1979), por ejemplo, señala que: *El espacio no es cosa ni forma sino categoría de lo físico.* p. 36, y advierte contra el peligro de la sustancialización del espacio.

de su condición material, en tanto que como recurso se lo convierte en instrumento de poder. Signorelli (1999: 53, 56) lo precisa así:

El espacio humano no es un contenedor indiferenciado, homogéneo, tampoco es una abstracción geométrica... [...] el espacio de que dispone concretamente cada individuo, grupo, clase social, en una sociedad dada, mide su poder y riqueza, refleja su prestigio, su colocación en la jerarquía social. En sentido real, no solo metafórico, tener espacio significa tener libertad, libertad de dirigir, de ser, de relacionarse y viceversa; precisamente en toda sociedad la privación de espacio es la correlación de una posición subalterna o marginal en el sistema social... Y solo en ese sentido puede entenderse como un recurso, y como todo recurso es fuente de poderes y las modalidades de control de su uso serán decisivas para hacer que ese recurso sea un instrumento de subordinación o de liberación, de diferenciación o de igualdad.

Se trata, entonces, de un espacio material que es resultado histórico-social, mudable, transformable e indisolublemente ligado a los objetos y a las acciones; Y como señala Milton Santos, un espacio que también interactúa con sus factores productores. Es el espacio considerado como producto-productor.

Pero también hemos de tener en cuenta, como lo ha precisado Unwin (1995: 283), que: *Los geógrafos no solo necesitan referirse a la producción del espacio, sino a los procesos por los que se producen los fenómenos específicos experimentados en contextos espacio-temporales concretos.* Y en el sentido que lo ha planteado Lefebvre (1969: 67) cuando estudia la construcción del espacio urbano y, por ello, de la ciudad:

La consideración de la ciudad como obra de determinados agentes históricos y sociales nos lleva a una cuidadosa distinción entre acción y resultado, grupo (o grupos) y su producto, lo que no implica su separación. No hay obra sin sucesión regulada de actos y acciones, de decisiones y conductas, sin mensajes y sin código. No hay obra tampoco sin cosas, sin una materia a modelar, sin una realidad práctico-sensible, sin un espacio, sin una naturaleza, sin campo y sin medio.

2. La producción del Espacio, factores y determinaciones

Digamos entonces, que nos fundamos en el espacio como producto social. Pero, ¿producto de qué o de cuáles factores, o mejor, de cuáles determinaciones?

¿Lo consideramos como el producto de las relaciones de producción dominantes de una sociedad, siempre y en última instancia, como lo mostró tan categóricamente Henri Lefebvre, el fundador, si se quiere, del concepto de espacio como producto social, y lo ratificaron David Harvey o Milton Santos, nítidos exponentes de los avances de la geografía como ciencia social? Lefebvre (1972: 159, 160) lo señalaba así:

...No se dan cuenta que todo espacio es producto, y, luego, que este producto no proviene del pensamiento conceptual, el cual no es inmediatamente fuerza productiva. El espacio, considerado como producto, resulta de las relaciones de producción dirigidas por un grupo activo. [...]

El espacio ya no es el medio indiferente, la suma de los lugares donde se forma, se realiza y se reparte la plus-valía.

Se vuelve producto del trabajo social, es decir, objeto muy general de la producción y, por consiguiente, de la formación de plus-valía. [...]

La producción del espacio no es nueva en sí. Los grupos dominantes siempre han creado uno u otro espacio particular, el de las antiguas ciudades, el del campo (inclusive los paisajes que luego parecen 'naturales'). La novedad es la producción global y total del espacio social.

En los varios textos en que abordó el problema, Lefebvre esbozó que el espacio era también influido por las ideas, la ideología, por otras formas mentales, por el poder y la política pero enfatizaba que las determinaciones del modo de producción eran las decisivas en el resultado, que las relaciones de producción marcaban su impronta indeleble en la producción de todo espa-

cio social. Lo expresó así en su texto *La producción del Espacio*³:

Cada sociedad... produce un espacio, el suyo [...] El espacio social contiene... las relaciones sociales de producción a saber las relaciones biosicológicas entre los sexos, las edades, la organización específica de la familia, y las relaciones de producción, a saber la división espacial del trabajo y su organización, por tanto las funciones sociales jerarquizadas. (Lefebvre, 1981: 41) [...] Producto que se utiliza, que se consume, pero también medio de producción... Este medio de producción, producido como tal, no puede entenderse separadamente ni de las fuerzas productivas, ni de las técnicas ni del desarrollo del conocimiento, ni de la división social del trabajo, que lo modela, ni de la naturaleza, ni del Estado y las superestructuras. (Ibíd.: 102). [...] Las relaciones sociales tienen una existencia social siempre y cuando tengan una existencia espacial; ellas se proyectan en un espacio, se inscriben en él produciéndolo. (Ibíd.: 152).

Lefebvre (Ibíd.) diferenciaba que la producción del espacio responde a la interacción de tres grandes planos o factores distintos y complejos: uno, la práctica espacial que:

Engloba producción y reproducción, lugares especificados y conjuntos espaciales propios a cada formación social que aseguran la continuidad en una relativa cohesión. Esta cohesión implica simultáneamente, en lo que respecta al espacio social y a la relación que cada miembro de la sociedad tiene con su espacio, una competencia y una cierta eficacia. [...]

La práctica espacial de una sociedad segrega su espacio; ella lo posa y lo supone, en una interacción dialéctica: lo produce lenta pero seguramente dominándolo y apropiándose. En el análisis, la práctica espacial de una sociedad se descubre descifrando su espacio. (Ibíd.: 42, 48).

³ Todas las citas de *La Producción del Espacio* están tomadas de Cuervo et al (1997).

Dos, [...] *las representaciones del espacio que estarían penetradas de sabiduría (conocimiento e ideología mezclados) siempre relativa y en transformación... Abstractas con seguridad, las representaciones del espacio entran en la práctica social y política... tendrían así un alcance considerable y una influencia específica en la producción del espacio... es decir, es el espacio concebido, aquel de los sabios, de los planificadores, de los urbanistas, de los tecnócratas 'clasificadores' y 'agenciantes', de ciertos artistas próximos de la científicidad que identifican lo vivido y lo percibido a lo concebido... Es el espacio dominante en una sociedad (un modo de producción). Las concepciones del espacio tenderían... hacia un sistema de signos verbales intelectualmente elaborados.* (Ibíd.: 48, 49, 53).

Tres, *los espacios de representación, vividos más que concebidos, no se restringen jamás por la coherencia, tanto menos que por la cohesión. Penetrados del imaginario y de simbolismo, tienen en la historia su origen, de un pueblo y de cada uno de los individuos que hacen parte de él. El espacio de la representación se vive, se habla; tiene un nudo o centro afectivo, el ego, la cama, la pieza, el alojamiento o la casa –la plaza, la iglesia, el cementerio- Contiene los lugares de la acción y de la pasión, los de las situaciones vividas, por lo tanto tiene inmediatamente implícito el tiempo. De suerte que puede recibir varias calificaciones: lo direccional, lo situacional, lo relacional porque él es esencialmente cualitativo, fluido, dinámico. [...] Es decir el espacio vivido a través de las imágenes y los símbolos que lo acompañan, por tanto espacio de los 'habitantes', de los 'usuarios', pero también de los artistas y tal vez de aquellos que describen y creen solamente describir: los escritores y los filósofos. Es el espacio dominado, que intenta modificar y apropiarse de la imaginación. De manera que estos espacios de representación tenderían... hacia sistemas más o menos coherentes de símbolos y de signos no verbales.*

[...] *La triplicidad: percibido-concebido-vivido (espacialmente: práctica del espacio-representación del espacio-espacios de representación) pierde su alcance si se le atribuye el estatuto de 'modelo' abstracto. O bien ella da cuenta del concreto (y no de lo 'inmedia-*

to') o bien ella tendrá una importancia muy restringida, la de una mediación ideológica entre tantas otras. (Ibíd.: 49 – 53).

David Harvey también ha desarrollado el concepto de espacio como producto social, como fruto de luchas y contradicciones, dinámico, y si bien ha tenido presente la multiplicidad de los factores sociales que lo producen, no solo económicos sino también culturales, ha insistido en el carácter determinante de las fuerzas económicas. Delgado (2001: 23 – 37) resumía los argumentos de Harvey sobre la construcción social del espacio así:

Los argumentos centrales de Harvey (1989, 1996, 2000) son los siguientes:

Espacio y tiempo son construcciones sociales profundamente arraigadas en la materialidad del mundo y son producto de las distintas formas de espacio y de tiempo que los seres humanos encuentran en su lucha por la supervivencia material. El descubrimiento de las características variables de tiempo y espacio (a través de la física, la ecología, la biología, etc.), es fundamental para comprender la elección social de los procesos usados para la construcción social del espacio y del tiempo. 2. [...] Tiempo y espacio son hechos de la naturaleza, pero tales hechos no se pueden conocer por fuera de nuestro entramado cultural simbólico que incluye el lenguaje y los sistemas de creencias. [...] 4. Las definiciones sociales de espacio y tiempo objetivo están implicadas en procesos de reproducción social, de manera que una forma particular de representación del espacio y del tiempo orienta la práctica social en un sentido que asegura el orden social. Las representaciones del espacio y del tiempo surgen del mundo de las prácticas sociales pero son a su vez instrumentos de regulación de dichas prácticas. 5. La producción social del espacio y del tiempo es un escenario de lucha política y de confrontación social en el que se involucran cuestiones como las diferencias de clase, de género, culturales, religiosas y políticas. El intrincado control social por el orden espacial, las formas de desafío del orden social por las transgresiones de los límites espaciales, los espacios simbólicos y la semiótica de los órdenes espaciales, crean textos que deben ser leídos en términos sociales. La organización espacio-temporal interna del hogar, del lugar de

trabajo, de las ciudades, es el producto de luchas entre fuerzas sociales opuestas por mantener o cambiar un orden social. La dinámica social es también lucha de poder por el espacio, lucha por órdenes espaciales alternativos. [...] el espacio y el tiempo son permanentemente creados y recreados para adaptarlos a las condiciones del modo de producción, que fija el contexto de posibilidades en que pueden ocurrir estas creaciones. De suerte que las diferenciaciones geográficas son rasgos activamente reconstituidos del modo de producción y no meros residuos históricos. [...] Un reconocimiento de que las dimensiones del espacio y del tiempo son importantes y hay verdaderas geografías de la acción social, verdaderos y metafóricos territorios y espacios de poder que resultan vitales en tanto fuerzas organizadoras en la geopolítica del capitalismo, al mismo tiempo que son los lugares de las innumerables diferencias y de las otredades que se deben comprender por derecho propio, y dentro de la lógica mayor del desarrollo capitalista.

Santos (1996: 28, 29, 62, 84, 85), como casi todos los geógrafos contemporáneos, también ha aportado a la concepción del espacio como producto social, e insistido tanto en la diversidad de los factores que contribuyen en su producción como en la determinación socio-económica de dicha producción. Lo ha expresado así.

El espacio debe considerarse como el conjunto indisoluble del que participan, por un lado, cierta disposición de objetos geográficos, objetos naturales y objetos sociales, y por otro, la vista que los llena y anima, la sociedad en movimiento. El contenido (de la sociedad) no es independiente de la forma (los objetos geográficos); cada forma encierra un conjunto de formas, que contienen fracciones de la sociedad en movimiento. Las formas, pues, tienen un papel en la realización social. [...]

El contenido corporificado, al ser transformado en existencia, es la sociedad incorporada a las formas geográficas, la sociedad transformada en espacio. La fenomenología del espíritu de Hegel sería la transformación de la sociedad total en espacio total. La sociedad sería el ser y el espacio, la existencia. El ser se metamorfosea en

existencia por mediación de los procesos impuestos por sus propias determinaciones, las cuales hacen aparecer cada forma como una 'forma contenido', un individuo separado capaz de influenciar el cambio social. Es un movimiento permanente, y, por ese proceso infinito, la sociedad y el espacio evolucionan contradictoriamente.

La producción del espacio es resultado de la acción de los hombres que actúan sobre el propio espacio, a través de los objetos naturales y artificiales. Cada tipo de paisaje es la reproducción de niveles diferentes de las fuerzas productivas, materiales e inmateriales, pues el conocimiento también forma parte del papel de las fuerzas productivas.

No hay producción que no sea producción del espacio, no hay producción del espacio que se dé sin el trabajo. Vivir, para el hombre, es producir espacio. Como el hombre no vive sin trabajo, el proceso de vida es un proceso de creación del espacio geográfico. Por eso la geografía estudia la acción del hombre [...].

Podríamos abundar en un recorrido temático a través de diversos geógrafos y científicos de otras disciplinas humanas y encontraríamos una recurrencia: la coincidencia general en considerar el espacio como producto social, la identificación de que en dicha producción intervienen elementos sociales como las ideologías, los mitos, las prácticas sociales, los imaginarios y los productos de la cultura del grupo humano de que se trate, pero también se nos revelaría muy nítida la coincidencia esencial en un punto: la producción social del espacio se somete, en general y siempre, a las determinaciones de la base económica, al yugo inexorable de las relaciones de producción, a la potencia impersonal de las fuerzas económicas. Lo cual nos lleva a considerar que en la base de tal argumentación, frecuente en las ciencias sociales, y de pretendidos orígenes marxistas, están los remanentes del determinismo mecanicista tan caros a las ciencias que se fundaron en el siglo XIX y al positivismo que las iluminó en sus cunas; argumentación que aún hoy no ha sido posible que se relativice o deseche, a pesar de los aportes de la mecánica cuántica, entre otras teorías. Y si algo es claro es que no es dable atribuir al marxismo tal argumento.

Ante el rampante economicismo determinista que campeaba al final del siglo XIX en las luchas políticas y en las ciencias sociales, ya Engels (Marx 1976: 514) señalaba, categóricamente, en su carta a Joseph Bloch en septiembre de 1890 que:

Según la concepción materialista de la historia, el factor que en última instancia determina la historia es la producción y la reproducción de la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversara diciendo que el factor económico es el único determinante, convertirá aquélla tesis en una frase vacua, abstracta, absurda. La situación económica es la base, pero los diversos factores de la superestructura que sobre ella se levantan –las formas políticas de la lucha de clases y sus resultados, la Constituciones que, después de ganada una batalla, redacta la clase triunfante, etc., las formas jurídicas, e incluso los reflejos de todas estas luchas reales en el cerebro de los participantes, las teorías políticas, jurídicas, filosóficas, las ideas religiosas y el desarrollo ulterior de éstas hasta convertirlas en un sistema de dogmas– ejercen también su influencia sobre el curso de las luchas históricas y determinan, predominantemente en muchos casos, su forma. Es un juego mutuo de acciones y reacciones entre todos estos factores, en el que, a través de toda la muchedumbre infinita de casualidades (es decir, de cosas y acaecimientos cuya trabazón interna es tan remota o tan difícil de probar, que podemos considerarla como inexistente, no hacer caso de ella), acaba siempre imponiéndose como necesidad el movimiento económico. De otro modo, aplicar la teoría a una época histórica cualquiera sería más fácil que resolver una simple ecuación de primer grado.

De allí que considerar el espacio como un producto social derivado exclusiva o principalmente, y siempre, de la base económica de una sociedad no deja de ser una visión unilateral y pobre. El análisis complejo, multilateral, dialéctico, exige considerar las otras perspectivas y posibilidades, así como las circunstancias de su acaecimiento. Es decir, cuánto, cuándo y cómo, factores sociales como la ideología, la política, la cultura, las creencias, los imaginarios, las actitudes, los prejuicios, las ideas y demás productos mentales,

pueden influir o determinar la producción social, y concreta, de un espacio determinado. Es algo similar a lo que Marx (1976: 408) señalaba sobre el influjo de las ideas del pasado, de las tradiciones, en las mentes de los hombres del presente, descartando de plano una mecánica determinación de las ideas de los hombres del presente por la base económica en que viven, padecen:

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.

Nos guiaremos, pues, por la concepción del espacio como producto social en cuanto resultado de múltiples y diversas determinaciones económicas, políticas y culturales, y no solo ni exclusivamente económicas, cuyo influjo y peso exigen un análisis concreto y complejo. Lo que Castells (1980: 150) expresaba así:

Por encima de todo eclecticismo académico hay que superar la oposición ideológica entre la determinación del espacio por la naturaleza y su modelado por la cultura, con el fin de unir estos dos términos en una problemática que reconozca la especificidad de lo social humano, sin afirmarlo como creación voluntaria, que ninguna ley puede explicar.

Y agrega Castells:

En este esfuerzo, los resultados obtenidos por la ecología tienen más valor para fundar una teoría del espacio que las correlaciones socio-culturales acumuladas, pues aquellos remiten a esta primera determinación por las fuerzas productivas y a las relaciones de producción que derivan de ello, lo cual no se trata de contradecir, sino

más bien de desarrollar articulando a sus efectos sobre el espacio los producidos por las otras instancias de determinación social.

Y Unwin (1995: 238) lo resume de manera precisa:

Althusser se veía obligado a ofrecer una alternativa a la cruda interpretación económica reduccionista de las obras de Marx, que contemplase la base económica o infraestructura como determinante, en todos los casos, de la forma de expresión política e ideológica en la superestructura. Sin embargo dice Unwin, que Thompson (1978) afirma al respecto que la versión estructuralista de Althusser reducía a los hombres y mujeres a ser portadores pasivos de los determinantes estructurales.

Pradilla (1997: 31, 32) se refería a los aportes y limitaciones de la teoría regulacionista en materia territorial que plantearon, entre otros, según él, Sassen, Castells, Hall, Becattini, Scott, Benko y Lipietz, indicando que:

El gran mérito de la teoría regulacionista en sus derivaciones territoriales es volver a reconocer lo que Marx y el marxismo originario habían propuesto: que las relaciones de producción y las estructurase económicas que sobre ellas se edifican, constituyen la piedra angular del análisis de todas las construcciones sociales, incluidas las territoriales. [...]

Pero allí radican también sus mayores limitaciones:

Asume, como única, a la determinación por la naturaleza de los procesos de trabajo y producción, dejando fuera del análisis aquellas que surgen del conjunto de relaciones sociales, políticas e ideológico-culturales...

3. Mentalidad y espacio, representaciones mentales

Ahora bien, si coincidimos en que los productos mentales pueden, en determinadas circunstancias definir, determinar, la producción del espacio,

de un espacio, nos interesa, de entre todos los productos de la mente humana, apreciar el papel de un conjunto de ellos que al obrar en la larga duración y desde el inconsciente colectivo, al configurar un conjunto de representaciones socialmente compartidas, pueden permitirnos explicar la permanencia de organizaciones espaciales, de formas espaciales, de formaciones espaciales como diría Aprile-Gnisset (1989: 23), de tendencias en la producción del (de un) espacio, que no pueden ser comprendidas o estudiadas con rigor y flexibilidad bajo las concepciones deterministas de la economía, o desde la mirada de los fenómenos mentales socialmente compartidos en la corta duración, inmediatos y conscientes (ideología, imaginarios, etc.)

Nos referimos al concepto de *mentalidad* que, como herramienta de análisis y metodológica, aportó la *Escuela de los Annales* a la historiografía. Concepto que si bien en sus inicios y hasta los años sesenta y setenta del siglo XX tuvo unas connotaciones homogeneizadoras, uniformantes, al considerar que podían reducirse las ideas de larga duración existentes en una época, en una región, o en una organización social, a las manifestadas o propias de una sola capa de la población de la época, la capa dominante o más influyente, pronto fue ajustado y modificado por la crítica de teóricos e investigadores de las ciencias sociales, especialmente de la historia. De tal forma que se cuestionó considerar la mentalidad como *unas prisiones de larga duración*⁴ (Braudel 1990: 71, 72) que impedían el cambio histórico, como unos productos mentales rígidos, *indiferenciados e interclasistas*, como señalara Carlo Ginzburg citado por Vainfas (1996: 225), productos que no se modificaban en siglos y que signaban, en muchos contextos, el hacer de las poblaciones o comunidades, como estructuras sistémicas, organizadas, autoconsistentes, casi

⁴ Braudel (1990: 70, 71) lo señalaba: *Para nosotros los historiadores, una estructura es indudablemente un ensamblaje, una arquitectura; pero, más aún, una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Ciertas estructuras están dotadas de tan larga vida que se convierten en elementos estables de una infinidad de generaciones: obstruyen la historia, la entorpecen y, por tanto, determinan su transcurrir. Otras, por el contrario, se desintegran más rápidamente. Pero todas ellas constituyen, al mismo tiempo, sostenes y obstáculos. En tanto obstáculos, se presentan como límites (envolventes, en el sentido matemático) de los que el hombre y sus experiencias no pueden emanciparse. Piénsese en la dificultad de romper ciertos marcos geográficos, ciertas realidades biológicas, ciertos límites de la productividad y hasta determinadas coacciones espirituales: también los encuadramientos mentales representan prisiones de larga duración.*

racionales solo que inconscientes⁵. Bajo las críticas recibidas y con los ajustes teóricos realizados, entre otros, por Vovelle (1982, 1985, 1991) entenderemos mentalidad en los términos que señalaba Romero (1987: 17):

La mentalidad es algo como el motor de las actitudes. De manera poco racional a veces, inconsciente o subconscientemente, un grupo social, una colectividad, se planta de una cierta manera ante la muerte, el matrimonio, la riqueza, la pobreza, el trabajo, el amor. Hay en el grupo social un sistema de actitudes y predisposiciones que no son racionales pero que tienen una enorme fuerza porque son tradicionales. Precisamente a medida que se pierde racionalidad [...] las actitudes se hacen más robustas, pues se ve reemplazado el sistema original de motivaciones por otro irracional, que toca lo carismático.

Y desde esta perspectiva hemos de constatar que en las ciencias sociales, particularmente en la geografía, abundan las consideraciones o los estudios concretos que explicitan que las ideas, los imaginarios, las tradiciones culturales, los mitos, el inconsciente colectivo, es decir, las representaciones mentales, la política, la ideología, influyen en la organización, en la producción del espacio. Hay de donde sostener, entonces, que se puede formular lícitamente la existencia de mentalidades espaciales como una posibilidad de investigación y como una herramienta de análisis de formaciones espaciales.

Una vez precisamos el concepto de mentalidad, definimos sus límites y determinamos su cobertura y sus relatividades, de tal forma que se facilita su uso como una herramienta conceptual en la descripción y en la explicación de algu-

⁵ Leyva Lajara (1996: 185) precisaba que: *Lo anterior permite poner en duda el carácter colectivo de las mentalidades como una instancia común a toda una sociedad. Existen muy pocas actitudes comunes a la totalidad de grupos sociales. Es posible hallar un fondo colectivo, un sustrato cuya lógica estaría dada por la larga evolución en un mismo territorio, en condiciones geográficas y climáticas que constituyen los puntos de partida para la historia de cada sociedad, una lengua común –que a veces no lo es tanto– que la acompaña a través de sus transformaciones y cambia con ella. Pero más allá de ese sustrato debería hablarse de mentalidades de grupos, que cada uno deriva de sus condiciones originales de existencia y luego se alejan de ellas hasta hacerse, a veces, irreconocibles en sus relaciones, retrasándose a los cambios y las rupturas de los niveles económico y social, y ejerciendo constantemente sobre ellos la fuerza de la tradición, la cual, como toda fuerza, puede definir las opciones en una coyuntura determinada..*

nos fenómenos y procesos sociales, se hace necesario discutir y determinar por qué se puede hablar de una mentalidad espacial. ¿Por qué aquella insinuación de Lucien Febvre, entre otros, de incluir el espacio como una de las preocupaciones en la investigación de la historia de las mentalidades, es pertinente? ¿Si hay cabida para unas particulares, específicas y diferenciadas ideas-fuerza de larga duración que influyan y, en determinadas circunstancias, estructuren, orienten, rijan con cierta dominancia, la conducta, los comportamientos espaciales de un determinado grupo social, de un colectivo social, aún de una sociedad entera? Ideas-fuerza que representen una visión del mundo en lo espacial, que guían las valoraciones colectivas y apreciaciones colectivizadas del espacio social y que, en su dinámica propia, contribuyan a estructurar la vida temporal y material de un colectivo urbano en su dimensión espacial, aún por encima de las determinaciones de carácter económico⁶.

Dos precisiones previas parecen indispensables en la delimitación del concepto de mentalidad espacial. La primera, que como tal este concepto no ha sido articulado ni definido en el campo de la geografía ni en el de la historia o de otras ciencias sociales. Sin embargo, las nociones y conceptos próximos o derivados que se encuentran en multitud de autores, procedentes de diversas disciplinas científicas, permiten estructurar, o al menos, delimitar el concepto como elemento integrador de esas diferentes manifestaciones y de esas menciones diversas. Más aún, en algunos casos, y en diversas disciplinas se ha señalado cómo un mito, una idea, una valoración, etc., de manera específica y particular, influyen y pueden estructurar un espacio. La segunda, que no se trata de estudiar la espacialidad de una mentalidad, es decir, no interesa a estas líneas cómo se distribuye o se localiza un determinado fenómeno mental, una representación, una actitud, un prejuicio, un estereotipo o una valoración en el espacio, sino cómo una mentalidad (espacial) puede llegar a estructurar el espacio, a determinarlo y regirlo de manera fundamental.

⁶ E incluye ese juego de pasado y presente en que las ideas se relacionan, se integran y se unen del pasado al presente que describe Ariés (1988: 144): *Así el pasado, el tiempo de la diferencia, se aproxima a nosotros, y deviene cada vez más difícil de ignorar, como ya nos es imposible ignorar el arte negro, el arte indio o el arte precolombino; nos quemamos los dedos. Las diferencias de todas las épocas nos asaltan, y, no obstante, nuestra percepción ingenua, inmediata, sigue siendo la de nuestro propio presente, único punto de anclaje en el tiempo. ¿La aproximación reciente de pasado y presente no constituye la verdadera razón de la historia de las mentalidades?*

4. Mentalidad espacial, un camino

Se puede afirmar, por analogía a la noción de mentalidad, que una mentalidad espacial es el conjunto de representaciones, valoraciones, actitudes, prejuicios, estereotipos, creencias, que contenidas en el campo espacial, pueden configurar, y configuran, especialmente en la larga duración, y en determinadas condiciones, un espacio dado. Sin embargo, el hecho de formular su ‘definición’ por analogía no le confiere una existencia propia, ni la dota de la pertinencia indispensable ni de la potencia explicativa necesaria para un concepto que pretende ser globalizador, integrador. Apenas si significa la percepción de una ruta para su delimitación y su concreción.

¿Cómo determinarla, cómo revelar sus expresiones y manifestaciones? Corresponde empezar por conocer, si las hay o si se han trabajado, las expresiones de procesos mentales, de fenómenos mentales, en la estructuración del espacio, y para ello revisar cómo en diversas disciplinas pertinentes se pueden hallar menciones, vestigios, y aún verdaderas definiciones de estos elementos de configuración espacial. Y tener en cuenta que en los casos en que se los ha considerado como productores del espacio solo lo han sido en tanto factores aislados, no articulados a un conjunto de representaciones espaciales colectivas de un grupo social.

Un recorrido un tanto arqueológico puede abarcar desde la filosofía con Gastón Bachelard en su *Poética del Espacio* y con Michel Foucault en *Vigilar y Castigar, el nacimiento de la prisión*; desde la antropología con Augé (1993: 57 - 61) y sus tesis del lugar antropológico y de los no-lugares, o Signorelli (1999: 77) y sus apreciaciones sobre el espacio como factor de socialización por sus prácticas y determinaciones incorporadas. Pero también lo sería con Cuervo (2000)⁷, en la economía y el urbanismo, o Balandier

⁷ Dice Cuervo (2000) que: Un primer punto, esencial a nuestro entender, es excluir la concepción del espacio como un medio preexistente al hombre y la sociedad. El espacio es un producto humano, tanto de la sociedad como de los grupos y de los individuos que la componen. Se trata además de un producto estratégico, esencial puesto que tanto las relaciones del hombre con la naturaleza como las relaciones entre los seres humanos están mediadas por el espacio social. Mediar significa una y varias cosas a la vez: servir de instrumento, condicionar, determinar, limitar, obstaculizar, canalizar, sugerir, expresar, callar, etc.

No obstante, dependiendo del lente con que se lo mire, el espacio aparecerá como producto o como medio preexistente. En su carácter intergeneracional (largo plazo) y colectivo (social), es

(1990: 93) en la sociología o García Canclini (1997) en los estudios culturales, o Lezama (1990) en el urbanismo sociológico⁸. Y con Renato Ortiz cuando estudia las transformaciones de París. O Manuel Castells cuando referencia el proceso de construcción del barrio madrileño Gran San Blas. Para mencionar algunas voces. Veamos una ligera muestra de ellos:

producto del hombre y de la sociedad. Al contrario, para cada generación (corto plazo) e individuo o grupo (individual), es un medio preexistente, una restricción, una condición, un canal y un instrumento al cual se debe acomodar por su incapacidad de rehacerlo a su antojo.

Como conjunto, en su carácter de unidad integral, se trata de un producto involuntario, por ser el resultado de la combinación de lógicas múltiples y diversas, desarrolladas en planos también muy variados, con temporalidades muy diversas. En sus partes es resultado directo de la acción de grupos y generaciones determinadas, refleja y sirve de soporte al desarrollo de proyectos humanos con finalidades diversas pero precisas y explícitamente formuladas: de acumulación de riqueza, de control político, de intimidación, de comunicación, y de placer lúdico y estético.

⁸ *Además de lo económico y lo institucional, también lo ideológico actúa en la conformación del espacio. El espacio así entendido aparece con una carga, de tal manera que sus formas y su trazado forman parte de una estructura simbólica. La especificidad de lo ideológico en el nivel del espacio urbano se expresa por ese componente ideológico que está presente en los elementos de la estructura urbana, la cual se materializa en una cierta forma al atender a características sociales para reforzarlas. Sin embargo, también lo ideológico se hace presente en las corrientes ideológicas que se transmiten a través de las formas y ritmos de la estructura urbana. Por ello, señala Castells, en la medida en que las formas espaciales expresan valores culturales, debe procederse, para entender el componente simbólico del espacio, al estudio de una teoría general de las ideologías y a la consideración del ritmo propio del sistema cultural. [...]*

La simbólica urbana proviene de utilizar el espacio como emisor, retransmisor y receptor de las prácticas ideológicas generales. El espacio urbano aparece como una pantalla reestructurada permanentemente por una cambiante simbólica; dichos cambios se operan por las transformaciones que tienen lugar en los contenidos ideológicos que, a su vez, resultan de las prácticas sociales que ocurren en lo urbano; pero la misma simbólica tiene y ejerce su propio peso sobre el conjunto de las otras prácticas y sistemas de la estructura espacial. Lo ideológico puede llegar incluso a contradecir lo económico puesto que los efectos de cada sistema no son controlados y se expresan como contradicción, que en muchos casos resulta irresoluble. La carga simbólica de una estructura urbana, para Castells, sólo puede desentrañarse a partir del análisis de la apropiación social del espacio. Según este autor, se debe partir de las prácticas ideológicas-espaciales para descubrir el lenguaje de las formas espaciales, las cuales deben insertarse en el conjunto de relaciones sociales que actúan en la unidad urbana para así tener el conocimiento verdadero de su lugar espacial en su conjunto. Lezama (1998)

En Bachelard (1993) se muestra así:

Nosotros proponemos, al contrario, considerar la imaginación como una potencia mayor de la naturaleza humana. [...] A la función de lo real, instruida por el pasado, tal como la desprende la psicología clásica, hay que unir una función de lo irreal igualmente positiva... Una invalidez de la función de lo irreal entorpece el psiquismo productor. [...] El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación. En particular, atrae siempre. Concentra «ser» en el interior de los límites que protegen. [...] En toda vivienda, incluso en el castillo, encontrar la concha inicial, es la tarea ineludible del fenomenólogo. [...] Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un rincón del mundo... porque la casa es nuestro rincón del mundo... nuestro primer universo, un cosmos. [...] Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa. Veremos... cómo la imaginación trabaja en ese sentido cuando el ser ha encontrado el menor albergue: veremos a la imaginación construir muros con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las más sólidas atalayas... El ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños. [...]

Es por el espacio, es en el espacio donde encontramos esos bellos fósiles de duración, concretados en largas estancias. El inconsciente reside.

Y Foucault (2001: 176 – 178) lo revela cuando desde su método arqueológico estudia la génesis y las condiciones de existencia de algunos espacios, fundantes de la modernidad, en particular:

[Es el campamento militar]. Es la ciudad apresurada y artificial que se construye y remodela casi a voluntad; es el lugar privilegiado de

un poder que debe tener tanto mayor intensidad, pero también discreción, tanto mayor eficacia y valor preventivo cuanto que se ejerce sobre hombres armados... El campamento es un diagrama de un poder que actúa por efecto de una visibilidad general. Durante mucho tiempo se encontrará en el urbanismo, en la construcción de las ciudades obreras, de los hospitales, de los asilos, de las prisiones, de las casas de educación este modelo del campamento o al menos al principio subyacente: el encaje espacial de las vigilancias jerarquizadas. [...]

Desarróllase entonces toda una problemática: la de una arquitectura que ya no está hecha simplemente para ser vista (fausto de los palacios) o para vigilar el espacio exterior (geometría de las fortalezas), sino para permitir un control interior, articulado y detallado –para hacer visibles a quienes se encuentren dentro; más generalmente, la de una arquitectura que habría de ser un operador para la transformación de los individuos: obrar sobre aquellos a quienes abriga... El viejo esquema simple del encierro y de la clausura –del muro grueso, de la puerta sólida que impiden entrar o salir– comienza a ser sustituido por el cálculo de las aberturas, de los plenos y de los vacíos, de los pasos y de las transparencias... es el hospital-edificio como instrumento de acción médica...

Como la escuela-edificio que debe ser un operador del encauzamiento de la conducta, como máquina pedagógica... Es el problema de los grandes talleres y las fábricas, donde se organiza un nuevo tipo de vigilancia... un control intenso, continuo. [...]

Corresponde al siglo XIX haber aplicado al espacio de la exclusión cuyo habitante simbólico era el leproso (y los mendigos, los vagabundos, los locos, los violentos, formaban su población real) la técnica de poder propia del reticulado disciplinario. [...]⁹

⁹ Foucault (2001: 146, 147) señala adicionalmente que: *La fábrica explícitamente se asemeja al convento, a la fortaleza, a una ciudad cerrada; [...] Pero el principio de «clausura» no es ni constante, ni indispensable, ni suficiente en los aparatos disciplinarios. Estos trabajan el espacio de manera mucho más flexible y más fina. Y en primer lugar según el principio de localización elemental o de la división en zonas. A cada individuo su lugar; y en cada emplazamiento un individuo. Evitar las distribuciones por grupos; descomponer las implantaciones colectivas; analizar las pluralidades confusas, masivas o huidizas. El espacio disciplinario tiende a dividir-*

El Panóptico de Bentham es la figura arquitectónica de esta composición [...] El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles: se convierte en el principio de su propio sometimiento. [...]

Siempre que se trate de una multiplicidad de individuos a los que haya que imponer una tarea o una conducta, podrá ser utilizado el esquema panóptico. Es el modelo de la ciudad carcelaria..

Y Augé (1993: 57, 58, 60, 61) cuando funda el ‘lugar antropológico’ señala que:

La organización del espacio y la constitución de lugares son, en el interior de un mismo grupo social, una de las apuestas y una de las modalidades de las prácticas colectivas e individuales. Las colectividades (o aquellos que las dirigen), como los individuos que se incorporan a ellas, tienen necesidad simultáneamente de pensar la identidad y la relación y, para hacerlo, de simbolizar los constituyentes de la identidad compartida (por el conjunto del grupo), de la identidad particular (de tal grupo o de tal individuo con respecto a los otros) y de la identidad singular (del individuo o del grupo de individuos en tanto no son semejantes a ningún otro). El tratamiento del espacio es uno de los medios de esta empresa y no es de extrañar que el etnólogo sienta la tentación de efectuar en sentido inverso el recorrido del espacio a lo social, como si este hubiera producido a aquel de una vez y para siempre. [...]

Reservaremos el término de «lugar antropológico» para esta construcción concreta y simbólica del espacio que no podría por sí sola dar cuenta de las vicisitudes y de las contradicciones de la vida social pero a la cual se refieren todos aquellos a quienes se les asigna un lugar, por modesto o humilde que sea... El lugar

se en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay. [...] La regla de los emplazamientos funcionales va poco a poco, en las instituciones disciplinarias, a codificar un espacio que la arquitectura dejaba en general disponible y dispuesto para varios usos.

antropológico es al mismo tiempo principio de sentido para aquellos que lo habitan y principio de inteligibilidad para aquel que lo observa. [...]

Este lugar que han construido los antepasados... que los muertos recientes pueblan de sus signos que es necesario saber conjurar o interpretar, cuyas potencias tutelares un calendario ritual preciso despierta y reactiva a intervalos regulares....

Y Signorelli (1999: 56, 57, 77), citando a Ian Chambers, recuerda que:

*Es en las ciudades que tiene su morada la cultura popular contemporánea... Como cualquier otro espacio también la estructura de la ciudad está cargada de significados y está también cargada de poder; ya que los detalles materiales de la vida urbana, nuestras casas, las calles donde vivimos, las tiendas que frecuentamos, los transportes que usamos, los pubs que visitamos, los lugares de trabajo, la publicidad y los anuncios que leemos, sugieren muchísimas de las estructuras de nuestras ideas y de nuestros sentimientos... (Chambers, Iain.1986, *Popular Culture. The Metropolitan experience*: 17).*

Y agrega: *Y, frecuentemente, la conciencia que tenemos de nuestro espacio es ideológica; no es casual, por ejemplo, si en la sociedad occidental, en el interior de una cultura individualista y racionalista, el énfasis cae siempre sobre el hombre-artífice que, demiúrgicamente, organiza su propio espacio coherentemente con sus deseos y necesidades, con base en una condición de libre elección; mientras permanece en la sombra, el otro aspecto fundamental del hombre que, desde la forma hasta las modalidades de utilización del espacio que encuentra disponibles, está condicionado para organizar según ciertas modalidades su vida y su visión de la realidad. En ese sentido, la forma y las modalidades de utilización del espacio son un importante instrumento de educación. También por medio de la forma históricamente creada del espacio del que disfruta, un grupo social consigue la socialización de las jóvenes generaciones, es decir, que se adecuen al sistema vigente de las rela-*

ciones y de los papeles, y se enculturalicen, que se interiorice a niveles profundos la visión de la misma realidad propia del grupo en cuestión.

Y Cuervo (2000) precisa que:

Un primer punto, esencial a nuestro entender, es excluir la concepción del espacio como un medio preexistente al hombre y la sociedad. El espacio es un producto humano, tanto de la sociedad como de los grupos y de los individuos que la componen. Se trata además de un producto estratégico, esencial puesto que tanto las relaciones del hombre con la naturaleza como las relaciones entre los seres humanos están mediadas por el espacio social. Mediar significa una y varias cosas a la vez: servir de instrumento, condicionar, determinar, limitar, obstaculizar, canalizar, sugerir, expresar, callar, etc.

No obstante, dependiendo del lente con que se lo mire, el espacio aparecerá como producto o como medio preexistente. En su carácter intergeneracional (largo plazo) y colectivo (social), es producto del hombre y de la sociedad. Al contrario, para cada generación (corto plazo) e individuo o grupo (individual), es un medio preexistente, una restricción, una condición, un canal y un instrumento al cual se debe acomodar por su incapacidad de rehacerlo a su antojo.

Como conjunto, en su carácter de unidad integral, se trata de un producto involuntario, por ser el resultado de la combinación de lógicas múltiples y diversas, desarrolladas en planos también muy variados, con temporalidades muy diversas. En sus partes es resultado directo de la acción de grupos y generaciones determinadas, refleja y sirve de soporte al desarrollo de proyectos humanos con finalidades diversas pero precisas y explícitamente formuladas: de acumulación de riqueza, de control político, de intimidación, de comunicación, y de placer lúdico y estético. [...].

Y Balandier (1990: 93, 94, 95) lo muestra desde lo simbólico:

Lo imaginario, lo simbólico, el rito, imponen su marca a los lugares; rigen una topología en la cual se oponen lo ordinario y lo extraordinario, lo normal y lo anormal o lo monstruoso, el espacio humanizado y las otras partes donde el hombre se encuentra en peligro, librado a lo desconocido. [...]... Todas las sociedades de la tradición –cabe recordar- imprimen fuertemente sobre los lugares conocidos las significaciones requeridas por su imaginario, sus sistemas simbólicos y sus prácticas rituales.

García Canclini (1997), desde la heterogeneidad y la hibridación cultural en las ciudades, lo revela así:

La diversidad contenida en una ciudad suele ser resultado de distintas etapas de su desarrollo. [...] Esa heterogeneidad e hibridación provocadas por la contigüidad de construcciones y modos de organizar el espacio iniciados en distintas etapas históricas, se multiplica con la coexistencia de migrantes de zonas diversas del mismo país y de otras sociedades. Estos migrantes incorporan a las grandes ciudades lenguas, comportamientos y estructuras espaciales surgidos en culturas diferentes. Se observa este proceso con rasgos semejantes en las metrópolis y en los países periféricos, anulando hasta cierto punto las diferencias que el evolucionismo marcaba en otro tiempo entre ciudades de regiones desarrolladas y subdesarrolladas. [...] En vez de trabajar con los conflictos que suscita la interculturalidad, se propicia la separación entre los grupos mediante muros, rejas y dispositivos electrónicos de seguridad. Estudios antropológicos recientes muestran el peso que tienen en la construcción de las segregaciones urbanas, junto a las barreras físicas, los cambios en hábitos y rituales, las obsesivas conversaciones sobre la inseguridad que tienden a polarizar lo bueno y lo malo, a establecer distancias y muros simbólicos que refuerzan los de carácter físico.

[...] La misma política económica de modernización industrial que desbordó la urbe promovió paralelamente nuevas redes audiovisuales que reorganizan las prácticas de información y entretenimiento, y recomponen el sentido de la metrópoli... Esta reor-

ganización de las prácticas urbanas sugiere que la caracterización socioespacial de la megalópolis debe ser completada con una redefinición sociocomunicacional, que dé cuenta del papel re-estructurador de los medios en el desarrollo de la ciudad.

Y Lezama (1998: 266, 267) lo afirma claramente:

Además de lo económico y lo institucional, también lo ideológico actúa en la conformación del espacio. El espacio así entendido aparece con una carga, de tal manera que sus formas y su trazado forman parte de una estructura simbólica. La especificidad de lo ideológico en el nivel del espacio urbano se expresa por ese componente ideológico que está presente en los elementos de la estructura urbana, la cual se materializa en una cierta forma al atender a características sociales para reforzarlas. Sin embargo, también lo ideológico se hace presente en las corrientes ideológicas que se transmiten a través de las formas y ritmos de la estructura urbana. [...]

La simbólica urbana proviene de utilizar el espacio como emisor, retransmisor y receptor de las prácticas ideológicas generales. El espacio urbano aparece como una pantalla reestructurada permanentemente por una cambiante simbólica; dichos cambios se operan por las transformaciones que tienen lugar en los contenidos ideológicos que, a su vez, resultan de las prácticas sociales que ocurren en lo urbano; pero la misma simbólica tiene y ejerce su propio peso sobre el conjunto de las otras prácticas y sistemas de la estructura espacial. Lo ideológico puede llegar incluso a contradecir lo económico puesto que los efectos de cada sistema no son controlados y se expresan como contradicción, que en muchos casos resulta irresoluble. La carga simbólica de una estructura urbana, para Castells, sólo puede desentrañarse a partir del análisis de la apropiación social del espacio. Según este autor, se debe partir de las prácticas ideológicas-espaciales para descubrir el lenguaje de las formas espaciales, las cuales deben insertarse en el conjunto de relaciones sociales que actúan en la unidad urbana para así tener el conocimiento verdadero de su lugar espacial en su conjunto.

Y Ortiz (2000: 22 – 42) en su análisis de las transformaciones espaciales de París acometidas por el barón Haussman entre 1853 y 1870, muestra cómo desde una ideología, desde unos imaginarios y unos intereses políticos y militares particulares se transforma desde el poder la ciudad, y señala cómo esas transformaciones

Tienen evidentemente implicaciones ideológicas, políticas y económicas. Cuando leemos sus memorias queda clara su preocupación por expulsar del centro de la ciudad a las clases peligrosas. Sus apreciaciones no dejan lugar a dudas. [...] Se asocia [en ellas] la existencia de esta población pobre a un conjunto de señales fuertemente negativas —«barrio inmundo, casas sórdidas, construcciones innobles», etc.- Ideología que encuentra respaldo no solamente entre los representantes de la clase dirigente. Sino también en el discurso médico vigente. El higienismo asociaba estrechamente la presencia de estas aglomeraciones inhóspitas con la proliferación de las enfermedades. En nombre de la salud pública, para que el aire circulase libremente, purificando la insalubridad existente, las demoliciones son recomendadas. A la dimensión terapéutica se sobrepone otra: París, desde la Revolución, la caída de Carlos X en 1830, los combates de 1848, había sido escenario de acontecimientos políticos violentos. Había una razón geográfica para eso, las calles estrechas permitían la construcción de barricadas, impidiendo la acción de la fuerza policial. Haussman tiene clara conciencia de esas cuestiones; su reforma posee una inequívoca dimensión política: «La ejecución de las diversas operaciones no exigió más que cinco años. Era el destripamiento de la vieja París, de los barrios de los motines, de las barricadas, con una larga avenida central penetrando de un lado a otro este laberinto impracticable, ladeado por comunicaciones transversales» (Haussman¹⁰, 1979:54). A las preocupaciones de higiene se agregan, por lo tanto, las de cuño estratégico: las calles deben dar paso a las tropas. [...]

¹⁰ Haussman en sus *Memorias* da fe de cuán arraigada eran esta mentalidad y esta necesidad política de las clases dominantes de la época: *En verdad, desde que el imperio fue derrumbado por una insurrección, en 1871, permanezco convencido de que era sabia la preocupación de todos los reyes, incluso los más poderosos, de cara al carácter susceptible y turbulento de las masas populares de París.* Citado Ortiz (2000).

Nos encontramos por primera vez delante de una política de urbanización consciente y explícita [...] de una racionalización del espacio, y en la cual es la calle la que domina la ciudad y no la habitación, que se torna secundaria y el espacio es, de esta forma, concebido como una malla, una red de interconexiones.

Ortiz (2000: 45 – 46) precisa el punto:

Yo había dicho que la memoria colectiva generaba un espacio que le era propio. [...] Halbwachs nos muestra el imperativo de que toda memoria se materializa; para existir, ella debe enraizarse en el espacio, incrementando en la materialidad de las cosas la solidaridad de los miembros que la comparten. La topografía de los lugares es una traducción de esas relaciones sociales.

Existe un vínculo orgánico entre las personas y el medio ambiente que habitan. Por ejemplo, la memoria colectiva religiosa se inscribe en la espacialidad de las iglesias, separando lo sagrado de lo profano, creando una diferenciación sutil entre los dioses, las entidades espirituales y los hombres¹¹. Lo mismo pasa con las ciudades. [...] La rigidez de las piedras y de las construcciones garantizarían así la perennidad de la tradición.

Recibido: agosto, 2005

Aceptado: junio, 2006

¹¹ Al respecto Martínez y López (2002) señalan que: La morfología religiosa de la estructura urbana debía resolver la materialización espacial de las actividades relacionadas con el culto y lo sagrado, aspecto del mayor interés para el sociólogo de la ciudad, pues los orígenes mismos de ésta se remontan a los espacios sagrados, a los recintos que sirven para cohesionar al grupo ante los peligros del medio. Halbwachs apuntó cómo los ritmos diferenciados de la evolución social permitían una clasificación urbana desde el punto de vista de la morfología religiosa: ciudades de culto, impregnadas de la sacralidad que lleva a masas de individuos a peregrinar hasta ellas: ciudades en que cada creencia tiene su lugar material; ciudades donde lo religioso se impone a lo político y económico; y, por último, ciudades donde al hilo de las transformaciones acaecidas en todos los órdenes de la realidad social, lo religioso queda confinado a un tiempo y a un lugar, a sectores propios donde su huella queda patente en cada piedra, del mismo modo que su influencia paulatinamente se diluye en el conjunto urbano, en lo material y en lo espiritual, debiendo adaptarse a la nueva estructura de la ciudad moderna.